

CUENTO N° 21

TÍTULO: TODOS, TODAS, TODES

SEUDÓNIMO: JANO

AUTOR: ALBERTO ROSAMEL ARISTE HIDALGO

Todos, todas, todes

Región Metropolitana, Ñuñoa, Talaveras 950; casa antigua, sala del comedor; fría noche de agosto (pena una “Toyotomi”). Rasga el silencio el fúnebre ulular de las sirenas de ambulancias, radiopatrullas y carros de bomberos que, como parientes cercanos, todos los viernes de protesta se reencuentran en calles y avenidas y se saludan fragorosamente. Parfraseando a Hemingway... ¡Santiago es una fiesta!

En un habitual diálogo de sobremesa, siempre amable y divertido, pero en el que las opiniones no siempre navegan por las mismas aguas, don Alberto y sus hijas Coté y Monchi, acostumbran analizar la problemática del país y exponer sus singulares puntos de vista. Don Alberto, profesor de castellano, providencialmente jubilado antes de los estallidos, se aproxima a los 90 años; ellas corresponden al tercer matrimonio del caballero. Como es fácil comprobar, la brecha generacional no puede ser más evidente; pero, incluso así (y quizás por lo mismo), el afecto entre ellos es un sentimiento vivo.

Al inicio de la conversación y sin que el asunto venga al caso, Don Alberto hace pública una íntima resolución que nadie en la casa se ha imaginado:

--Y tal como acostumbra chillar la patética Cecilia: “¡Este es el último baile, este es el último encuentro...!”, me voy a apropiarme de su drástica determinación y, a modo de despedida, este va a ser también mi último baile, mi último cuento.

--Pero, ¿por qué, papá...? —reacciona de inmediato Monchi—, ¿por qué tomar una decisión tan definitiva cuando escribir es la única actividad que le da sentido y razón de ser a tus ochenta y tantos...? Explícame tus motivos, pero con argumentos válidos, y si son atendibles te apoyaremos, y si no... Coté, ¿qué dices tú?

--Yo creo—corrobora Coté de inmediato—que este señor debe tener sus razones y que estas deben ser sensatas, pero mientras no las conozcamos, voy a suponer que se trata de uno de sus berrinches acostumbrados. O bien, que pretende hacerse el interesante para llamar la atención. Por eso, qué mejor que entremos en materia de inmediato. Papá, te escuchamos.

Instalados en el sencillo comedor de la casa, luego de una modesta cena (sopa tipo Mafalda, más algunos sobrantes del almuerzo), y provista la mesa con el infaltable tetra Clos de Pirque del nonagenario, se preparan para dar inicio a la plática habitual. Don Alberto se acomoda en su silla, mira al cielo y luego de una exagerada pausa (se supone que para ordenar los argumentos de su drástica determinación), comienza su discurso.

--Los motivos, causas y razones que justifican mi decisión de no seguir escribiendo—expone con caduco tono didáctico—son de variada índole y categoría diversa, tanto así que no puedo referirme a todos ellos. Pero, conforme a su amplio espectro, dimensión conflictiva y plena actualidad, estimo que debo empezar por la comunicación inclusiva. Y como el tema resulta tan confuso como absurdo, les ruego tengan paciencia si me alargo más de la cuenta. Y, en lo posible, por favor... ¡no me interrumpan!

--Papá, ¿puedes principiar alguna vez...? —lo apresura Coté con su irreverencia habitual.

--Intentemos desmenuzar esta polémica forma de comunicación que tanto desconcierto provoca en nuestros días: el revolucionario lenguaje inclusivo de “todos, todas y todes”. Presten atención: El centro de esta discusión reside en el empleo del genérico, que en castellano usualmente se expresa con el plural masculino (por ejemplo, “todos”). Para los nuevos censores esta sería una forma de “invisibilizar” a las mujeres, una injusta mudez a la que estas han sido sometidas a través de los siglos. Pues bien, seamos consecuentes y aceptemos la justicia del reclamo. Y en concordancia, preguntemos: ¿cuál sería entonces el remedio descubierto para eliminar tamaña discriminación? El siguiente: la cacofónica y permanente repetición de la duplicación “todos y todas”. Traten ustedes de no perderse porque el problema ahora sí que tiende a complicarse: como si esta solución no fuese suficiente, algunos de estos gramáticos a la violeta, han descubierto que también la duplicación “todos y todas” sería excluyente de quienes se sienten no binarios (¿LGTBI+, Movilh, etc.), por lo que proponen aludir a ellos utilizando la letra “e”, con expresiones como “todes”, “niñes” y otros disparates semejantes. Pero, ¡ajo!, porque esta controvertida discusión genérica no ha concluido, y aquí sí que la aberración llega al plano del absurdo: en el lenguaje escrito propugnan el impronunciable “todxs” para englobar los diversos grupos. ¡Flor de solución! ¿Me estás siguiendo, Coté?, ¿y tú, Monchi...?

--Papá—contesta Coté sobre la marcha—: no entiendo para nada este lenguaje inclusivo. Lo único que me queda claro es que, desde el punto de vista del diálogo y la comunicación se pretende dar un trato más equitativo a las mujeres; nada más. Trata de simplificar y hacer más sencilla tu exposición. Y no te alargues tanto con los detalles.

--Coté, te comprendo, hija. No es fácil asumir y resumir tanta tontería. Con intenciones bastante discutibles, gratuitamente están llenando la comunicación de preferencias inexistentes, de prejuicios escondidos, de eufemismos, de malas intenciones, de gestos invisibles, en fin... Llega a dar miedo imaginarse en qué irá a terminar esta zafacoca. A modo de ilustración y para ayudarlas a desenredar esta babélica madeja, qué mejor que presentar algunos ejemplos esclarecedores. Ahí van algunos.

Casi nada se demora don Alberto con la ejemplificación, lo que deja en evidencia—qué duda cabe—que se ha preparado previamente.

--¿Se imaginan ustedes a Manuel Rodríguez, el guerrillero, gritando a todo pulmón: “¡Aún tenemos ‘matria’, ciudadanos, ciudadanas, ciudadanes...!” O bien, figúrense a la Mistral pronosticando: “Todas íbamos a ser reinas / todos íbamos a ser reyes / todxs íbamos a ser #” * _ ° & + * .” Proyecten ahora a “Los Jaivas” en su Canto Americano entonando folclóricamente “Todos, todas, todes juntos... para qué vivimos separados, separadas, separadxs...” ¡Oh, Dios mío...!

Los ejemplos no pueden ser más precisos y convincentes, y tanto Coté como Monchi comienzan a captar la evidente confusión comunicacional. Don Alberto se da cuenta del progreso de sus hijas e inevitablemente retrocede en el tiempo, resucita sus años de docencia y se imagina estar frente a un auditorio; luego prosigue con la misma y lejana efusión de aquellos años.

--Hijas, con esta pseudo evolución comunicacional, lo único que se ha logrado es desarticular toda una gramática, complicar el lenguaje y empobrecerlo. Tal vez resultaría más provechoso—se me ocurre—, que en vez de estar pensando en un lenguaje que nos incluya, deberíamos más bien pensar en un lenguaje que se entienda; pero para ello tendríamos que leer más y escribir más. Lamentablemente la realidad es otra, y no exagero cuando con toda responsabilidad afirmo que el chileno medio no lee, y cuando lee, no entiende. Y para qué hablar de escritura, salvo que queramos referirnos a ella con

la gimnasia digital que se perpetra en los celulares, donde los pulgares—nunca el cerebro— han sido los únicos que han logrado desarrollarse. Hijas, se aproxima el apocalipsis: la carta, la reina de la comunicación a la distancia, murió el siglo pasado. Y para peor, con esto de la pandemia están agonizando otras formas de expresión tan afectivas como el saludo de la paz en la eucaristía, el abrazo de año nuevo, la palmada en el hombro, el beso en sus mil dimensiones, en fin...

--Papá, como siempre: se te están arrancando las tortugas... No echés a perder el análisis. Lo estabas haciendo bien, pero con tanto ejemplo terminas por apabullar—reprende Monchi con tolerante tono de censura.

--No, hija, no exagero—se defiende con vehemencia el nonagenario y prosigue sin tomar aliento, (pero sí un nuevo vaso de tinto)—. Veamos otro caso. Mira y comprueba si estoy o no en lo cierto: en nuestros escritos la comunicación se hacía antes con palabras, ¿ya? ¿Se acuerdan ustedes...? Pues bien, en nuestros días ¡no! Para eso ahora están... ¡los emojis! (originalmente se pronuncia emochi), esas figuritas que sirven para enviar mensajes y que reflejan toda clase de emociones y sentimientos humanos. El uso de estos pictogramas—y no sé por qué pienso instintivamente en las cuevas de Altamira—, ha “cavernalizado” la comunicación. Y lo más grave de esta pandemia comunicacional es que estos monitos amarillentos se hallan en plena evolución y continúan multiplicándose: actualmente existen más de 3.000. Y tanta es su importancia que hasta tienen su día de fiesta: el 17 de julio es el Día Internacional del Emoji. ¡Oh, Señor, dame tu fortaleza!

--Papá... no me agradan estas expresiones tan vulgares, pero vienen al caso: parece que definitivamente “se te arrancó la moto” y “te fuiste al chancho”—interrumpe Coté maliciosamente.

--¡Cuál de las dos más atrevida...! Y para finalizar, porque por más que me esfuerzo no aciertan ustedes a comprender la razón de mi exilio voluntario del país de las letras, me voy a referir a este último dislate comunicacional. Presten atención: la firma Nestlé, por razones bien tiradas de las mechas (supuesta identificación de una golosina con un grupo racial determinado), decidió cambiarle de nombre a uno de sus productos: a la oblea de chocolate llamada “Negrita”. Ahora se llama “Chokita”. No sé si en otras latitudes esta cromática expresión—Negrita—pudiese tener un sentido inapropiado, pero lo que es entre nosotros es un vocablo inocentemente cariñoso. Y, por otra parte, creo que en nuestro país no debiese

tener mayor connotación peyorativa, más aún si consideramos que con esto de la masiva y descontrolada llegada de inmigrantes, inexorablemente Chile tiende a ennegrecerse...

--¡Por Dios, papá... sin ofender! Ahora te la agarraste contra los inmigrantes—rechaza Monchi el xenófobo comentario.

--Papá, estas totalmente despistado—reconviene Coté por su cuenta—. La razón del cambio es otra, escucha: la Nestlé, al cambiar de nombre a su golosina, esgrime el argumento de que su intención es evitar ofender la identidad de la mujer de color convirtiéndola en mercancía, pero ese plausible razonamiento no se lo traga ni ella misma; y pecas tú de ingenuo si te lo embuchas. Entiende: se trata solo de una renovada operación de marketing, de vender más a costa del escándalo, consciente la Nestlé de que la estupidez humana no tiene límites... ¿ya? Finalmente, y volviendo al inicio de nuestra conversación, si no deseas seguir escribiendo... ¡no escribas! ¡Cosa tuya, nadie te obliga!, pero, por favor, no sigas inventando justificaciones.

--¡Una última acotación... y nada más! —poco menos que suplica don Alberto para proseguir con su puntilloso análisis—. A propósito del diminutivo “Chokita”, reemplazante de “Negrita”, aclaro que este nombre pertenece a la familia de los originales “choco-choca”, los cuales, dentro de su singular campo léxico, se emplean entre miembros de una pareja, en expresiones tan cariñosas como: “Ahora mi perrita choca y su perrito choco se van a la cama” – “Y esta choca (bebida) bien caliente es para que se la tome mi choquito”. Locuciones que, como ustedes podrán advertir, nada tienen que ver con esta absurda sacralización racial.

(Pero, a todo esto... dirán ustedes, inquisitivos lectores de este cuento-diálogo: ¿en qué termina esta dinámica verbal...? Porque—quede claro—: para que sea cuento forzosamente debe tener su correspondiente desenlace, al margen de la naturaleza de este. De acuerdo, tienen ustedes toda la razón, pero, por favor, no se apresuren. Sigán leyendo y comprobarán que la preceptiva literaria se cumple al pie de la letra.)

Hasta ese momento —hecho bastante curioso por lo inusitado—, doña Treme, esposa de don Alberto y madre de Coté y Monchi—, ha permanecido en la cocina sin intento alguno por participar en la conversación. Pero—¡fuera que no!—:

mientras lavaba y ordenaba y los utensilios domésticos, la hacendosa señora no se ha perdido ninguno de los pormenores del diálogo y, ahora, acercándose a la mesa se dispone a entrar en acción, lapidariamente como siempre:

--Con ardiente paciencia, mientras hacía el aseo, los he estado escuchando. Y creo, Alberto, que, como siempre, te estás ahogando en un vaso de agua y nadie te socorre. Si escribir en castellano se te ha tornado tan dificultoso por todas las recientes controversias lingüísticas, es una realidad imperiosa que tienes que buscar otros caminos, ¿me entiendes? Entonces... ¡muy fácil!—toma aliento la voluminosa matrona antes de dictar irrevocable sentencia—. Escucha: mañana mismo te inscribo en un curso intensivo de mapudungun en la Municipalidad de Peñalolén. Y... ¡problema resuelto! Porque, para qué estamos con cosas: con esto de los “pluris” constituyentes, no hay cómo perderse. Ahora resulta mucho más esencial e imprescindible el mapudungun que el castellano o el “open english”. Y así, mi querido viejo, te olvidas para siempre del “todos, todas todes”. ¿Estamos?

Tal es la drástica determinación de doña Treme que a nadie ni por ventura se le ocurre meter baza. Y continúa la señorona, con tono intermedio entre interrogativo e imperativo:

--¿Qué te parece, Albertito...? ¡Y ustedes qué opinan, hijas...! —Y antes de escuchar respuesta alguna, detalle que bien poco le interesa, añade con tono matriarcal—: Y como se está haciendo tarde... ¡todas, todos y todes a la cama. Mañana será otro día.

En la misa, y antes de la eucaristía, se acostumbra terminar la lectura de la palabra con la fórmula eclesial: “Palabra de Dios”. En este caso, Coté y Monchi concluyen resignadamente:

--¡Te alabamos, mamá...!”